

## I

En la Patagonia, esa región de inviernos fríos y largos días estivales, ese año había llovido y nevado muy poco y el verano había sido muy seco y caluroso. Algunos ríos y arroyos de alta montaña, que todavía tenían un poco de agua, acababan de congelarse debido a las bajas temperaturas de un otoño que anunciaba un invierno muy duro. Las hojas de los árboles habían cambiado el verde habitual por una gama de tonos que iban del marrón al naranja y la cima de las montañas ya estaba cubierta por una delgada capa de nieve.

Desde lo alto de la montaña, uno de los últimos huemules que quedaban en la Patagonia comenzó a bajar hacia los valles en busca de agua. Sabía que en los campos bajos todavía no hacía tanto frío y, por lo tanto, que el agua no estaba congelada. Además, cerca de los valles se encontraba el lago Grande, que contenía agua suficiente para calmar durante años la sed de todos los huemules de la Patagonia.

Después de varias horas de recorrido, el huemul divisó a lo lejos la casa y los corrales de don Rudecindo, un poblador rural que vivía en tierras del estado nacional en las que criaba ganado gracias a un permiso otorgado por el gobierno.

Un pequeño arroyo separaba la casa de los corrales en los que Don Rudecindo encerraba a sus animales. Al principio el huemul pensó en bajar al arroyo para calmar su sed, pero luego notó que los márgenes eran escarpados. Y si bien a su corta edad ya había caminado por terrenos difíciles, aún los temía.

Descubrió un bebedero en uno de los corrales que estaban vacíos, cruzó un cerco de madera a través de una tranquera que el poblador había abierto y se acercó a beber. Notó que el agua tenía un gusto desagradable y que no era pura

como la del lago Grande; pero siguió bebiendo porque le pareció más cómodo que bajar al arroyo.

Una vez calmada su sed, comenzó a caminar hacia la parte del cercado por la que acababa de entrar y descubrió que don Rudecindo había cerrado la tranquera. Apoyado ahora contra la valla, el hombre contempló al animal con curiosidad y después se encaminó hacia su casa.

—Tengo un huemul encerrado en el potrero —le dijo a su mujer y a sus dos hijos—. Se ve que vino a tomar agua porque arriba está todo congelado. Yo lo encerré sin darme cuenta...

—¿Sí? —dijeron asombrados Ramiro y Pedro. Y, sin pensarlo dos veces, salieron corriendo en busca del animal.

El huemul los miró asustado y rogó en silencio que no lo mataran. Sabía que muchos pobladores rurales cazaban huemules —o al menos lo habían hecho en el pasado—, para comérselos o para vender su carne. Sin embargo, al cabo de un rato la alegría de los niños le hizo pensar que le perdonarían la vida. Ramiro y Pedro estaban locos de contento y don Rudecindo y Elvira, su mujer, se alegraban de que a sus hijos les gustara tanto la nueva mascota.

El animal era todavía pequeño y, aunque no entendía que tenía libertad para alimentarse por sus propios medios y pasear por donde quisiera, en aquel pequeño corral se sentía oprimido.

Después de un rato los niños saltaron el cercado y se acercaron al huemul, que se separó de ellos asustado, pues era la primera vez que estaba frente a un ser humano.

A lo largo de las primeras horas de encierro, que le parecieron interminables, el huemul recorrió con cuidado la valla, con la esperanza de encontrar algún lugar por donde escapar. Muy pronto comprendió que abandonar el corral por sus propios medios sería difícil: don Rudecindo había cerrado todos los espacios libres que había entre los troncos del cercado, incluso los más pequeños, pues a veces usaba ese

mismo corral para encerrar ovejas que podían escaparse a través de los huecos por los que no pasaba una vaca ni tampoco un huemul. Pero el animal era tan testarudo que pasó horas tratando de abandonar el lugar, aunque en todo momento ocultó sus intenciones, pues sabía que estaba encerrado por haber tomado agua del bebedero y no del arroyo y eso lo avergonzaba.

Mientras recorría el borde del corral, golpeaba cada tanto los troncos del cerco con sus patas para intentar quebrarlos, asegurándose antes de que nadie lo viera. Al final, su desesperación por escapar fue tan grande que se lanzó de cabeza contra la valla varias veces, y el ruido provocado por esas embestidas llamó la atención de don Rudecindo que se acercó a ver qué sucedía.

Al huemul ya no le importaba que todos conocieran su deseo de escapar, pues ahora tenía la esperanza de que el hombre se apiadara de él y lo liberara. Pero el poblador no tenía ninguna intención de soltarlo. No sabía muy bien qué haría con el animal, pero pensaba que en algún momento le serviría para algo. Por lo pronto se le ocurrió la idea de tomarle fotografías en las que no se viera el cerco del corral (para que la gente creyera que el animal estaba en libertad), y venderlas a los funcionarios de la Dirección de Fauna Silvestre, o a alguna persona interesada en los huemules. Más tarde, después de vender las fotos, pensaría en algo más productivo.

Teniendo en cuenta que el huemul es una especie protegida por ley, por el momento le parecía importante ocultar que tenía un ejemplar encerrado, pues los funcionarios del gobierno que trabajaban en la conservación de la naturaleza podían obligarle a liberarlo y, si se negaba, podían quitarle las tierras que ocupaba.

Al atardecer, después de un enorme esfuerzo físico por escapar, el animal volvió a tener mucha sed. Se acercó al bebedero y notó que el agua tenía un gusto aún más desagra-

dable que antes. Además, estaba llena de hojas que habían caído de los árboles cercanos debido al viento de las últimas horas. Echó de menos entonces los arroyos cristalinos, pero se consoló pensando que en ese momento los cursos de agua de alta montaña estaban congelados.

Durante casi una hora, y mientras se preguntaba cómo hacer para abandonar el corral, el huemul debió soportar la presencia de los hijos de don Rudecindo, sus gritos y correteos, hasta que por último, apenado por la situación y muerto de cansancio, se hundió en un profundo sueño.

Soñó entonces que se había convertido en uno de esos cóndores que a veces veía cerca de las cumbres, cuando subía a la montaña en compañía de su madre. Desde lo alto de su vuelo descubrió a un cazador sentado sobre una roca larga y plana, que se prolongaba como si estuviera suspendida en el aire. Veía ahora cómo el cazador cargaba su arma y apuntaba en distintas direcciones. El animal imaginó que ese hombre deseaba matar a un huemul y sintió pena porque los cóndores son amigos de los huemules.

Convencido de que ésas eran las intenciones del cazador, se lanzó contra él en caída libre, tratando de asustarlo. Pero el hombre lo descubrió, levantó su arma hacia el cielo, siguió su vuelo con movimientos lentos y precisos de la mira... Y por último, cuando el animal se dio cuenta en sueños de que el cazador se disponía a matarlo, quiso huir pero no pudo: pocos segundos más tarde escuchó el disparo del arma y sintió que sus alas, extendidas por completo sobre la inmensidad del cielo, eran perforadas por varias balas al mismo tiempo.

Entonces, sin que pudiera evitarlo, comenzó a caer. Sus alas, llenas ahora de agujeros, ya no le permitían volar. Muy pronto perdió por completo el control del planeo y siguió cayendo a gran velocidad hasta estrellarse contra un conjunto de rocas.

El golpe fue muy fuerte y el huemul, convertido ahora en un cóndor, se asombró de no haber perdido la vida ni haberse quebrado algún hueso. Suspendido en la parte más alta de la cordillera, sobre cimas nevadas y valles coloridos, intentó remontar el vuelo y notó que no podía. Y no sólo no conseguía volar: sus patas, ya sin fuerzas, ni siquiera le permitían moverse a lo largo de la roca sobre la que se encontraba. Agitaba sus alas con violencia y desesperación, pero sus intentos eran inútiles. Comprendió entonces que estaba condenado a morir sobre esa roca, mientras veía que otros cóndores volaban en grupos sobre la montaña, con una paz y una libertad que lo llenaban de envidia.

Sólo en ese instante, después de volver a la realidad, entendió el significado de esa extraña historia: el cóndor representaba la libertad que en la pesadilla él no podía alcanzar por tener sus alas perforadas, y en la realidad tampoco, porque estaba encerrado en un corral. Le pareció extraño haber soñado, pues jamás había oído decir que los huemules fueran capaces de ello, y también se asombró de haber comprendido ese sueño con tanta claridad. Esos pensamientos lo mantuvieron despierto durante un rato, pero en seguida volvió a dormirse.

## II

Amanecía. Nubes rosadas que parecían pinceladas manchaban el cielo. Como de costumbre, don Rudecindo tomaba mate desde temprano en la cocina mientras mantenía la pava sobre la cocina económica para que no se enfriara el agua y cada tanto le agregaba leña al fuego.

A través de la pequeña ventana de la cocina observó que el huemul se paseaba de un lado a otro. Después de sorber un par de veces más la gastada yerba del mate, abrió la puerta y se dirigió hacia el corral.

Encontró al huemul bastante inquieto: recorría el cercado y movía sus largas orejas sin cesar. Don Rudecindo fue en busca de una palangana de loza que llenó de agua en el arroyo y después vació en el bebedero del corral. Así, al cabo de varios viajes, el bebedero estuvo lleno.

Pese a que tenía sed, el huemul no quiso beber pues se negaba a reconocer que dependía de ese hombre.

—Sé que no te gusta estar encerrado —observó don Rudecindo, contemplándolo con un poco de piedad—; pero por ahora te vas a tener que quedar ahí nomás.

Aunque el huemul no entendió ni una sola palabra, advinó lo que el poblador había querido decir. Sospechaba que el hombre intentaría mantenerlo encerrado y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para escapar.

En cuanto don Rudecindo desapareció, el huemul corrió a calmar su sed mientras miraba con desconfianza en dirección a la casa. Esta vez el agua le pareció más clara y pura que antes y este hecho lo tranquilizó un poco. Comprendió que debía hacer lo posible por vaciar el bebedero a diario, para que le trajeran agua fresca del arroyo, que sería similar a la que él estaba acostumbrado a beber. Sin embargo, como en el bebedero había más agua de la que él necesitaba, pensó que

debía volcarlo por las noches empujándolo con sus patas para que le agregaran agua limpia al día siguiente.

Apagada ya su sed, notó que necesitaba comer. En el corral no abundaba el pasto, que en su mayoría había sido devorado por las ovejas. Además, se dio cuenta de que casi toda la hierba que había era igual y que de su preferida sólo quedaba una poca. Probó el pasto más abundante y le resultó repugnante. La sequía y el calor del verano había convertido la hierba tierna en pasto duro, de color marrón y sabor amargo y fuerte, que era muy difícil de digerir para un huemul acostumbrado a los vegetales tiernos. Se acordó con tristeza de los pastizales verdes y húmedos de la alta cordillera en los que había pastado hasta entonces. Recordó también los comentarios de otros huemules sobre unos prados ubicados al pie de un hermoso glaciar, que daba origen a una laguna de aguas color turquesa, y rogó poder librarse del encierro para ir a conocer esos lejanos lugares en los que no sólo había comida, sino también bellos paisajes.

El huemul pensó desilusionado que allá arriba, en la alta montaña, el sol ya debía calentar las laderas orientadas del norte, mientras que ahí abajo, en el corral, detrás de la cortina de álamos que protegía el campo de don Rudecindo de los fuertes vientos del oeste, los rayos apenas se percibían a través del follaje.

Después de explorar con cuidado el pasto, encontró una pequeña mancha de hierbas tiernas. Comió con ansiedad y se sintió satisfecho. Dio algunas vueltas dentro del corral y por último se echó sobre la hierba seca.

Poco a poco fue adormeciéndose. Cuando despertó, sintió en su cuerpo una horrible sensación de vacío que a su juicio se debía a la falta de alimento como el que había comido hasta entonces. Comenzó a pensar que si las hierbas del lugar no calmaban su apetito, moriría de hambre. Miró a su alrededor y le pareció que tenía comida para no más de dos meses,

siempre que durante ese tiempo don Rudecindo no metiera otros animales en el corral.

Al huemul le pareció extraño que el poblador le permitiera ser dueño y señor de ese pequeño corral. Por lo demás, comprendió que el pasto volvería a crecer muy pronto y que, si seguía solo, la hierba sería suficiente para alimentarlo, al menos durante un tiempo. Claro que no podía compararse con el que comía antes de entrar en el corral, pero eso por ahora no le importaba: se conformaba con mantenerse vivo.

Antes del mediodía fueron a verlo los hijos de don Rudecindo. Llegaron corriendo, con un entusiasmo que su padre nunca había visto en ellos. Los niños no podían ocultar su asombro: les parecía increíble que el huemul todavía no se hubiera escapado. Ambos apoyaron su cabeza contra un poste, se recostaron contra el cercado y contemplaron maravillados al animal, que ahora se paseaba con lentitud junto al borde del corral.

Ramiro, el más grande y más decidido en todas las tareas que emprendían, propuso ponerle un nombre. Pedro lo miró entre asombrado y divertido y le dijo que los huemules no tenían nombre. Se enfrentaron entonces en una fuerte discusión hasta que por fin el pequeño estuvo de acuerdo, aunque puso una condición: si algún día el huemul se escapaba, si volvían a encontrarlo ya no lo llamarían por su nombre, pues la salida del corral significaría que el animal quería ser libre, y parte de esa libertad se lograba, según Pedro, librándose del nombre que lo relacionaba con los seres humanos.

Ramiro se asombró del razonamiento de su hermano, que le pareció absurdo pero que al mismo tiempo decidió respetar. Por su parte, él también tuvo una idea muy original: si le ponían un nombre, debían bautizarlo con agua (aunque en este caso no fuera bendita), como lo hacían los padres con sus niños. A Pedro la idea le pareció divertida y la aceptó sin discutir.

Pusieron manos a la obra de inmediato. Recogieron la palangana con la que su padre había agregado agua al bebedero, y llevándola entre los dos, corrieron hasta el arroyo. La llenaron sumergiéndola en el agua y corrieron de regreso al corral, derramando más de la mitad del contenido por el camino.

Volvieron a discutir, ahora acerca del método de bautismo. No sabían si tratar de sujetar al huemul o limitarse a mojarle la cabeza mientras se movía. Se preguntaron además cómo hacerlo: ¿con la ayuda de algún objeto o tan sólo con sus manos? Al cabo de un rato les pareció que bastaba con que al menos una gota de agua le mojara la cabeza y pronunciaran su nombre al mismo tiempo.

Su nombre, ¿qué nombre le pondrían? Hubo una nueva discusión, pero esta vez fue muy breve: por alguna razón desconocida, a Pedro se le antojó el nombre de Carmelo y Ramiro estuvo de acuerdo de inmediato.

El huemul no entendió muy bien de qué se trataba el juego, pero sospechó que era inofensivo y permaneció quieto cuando los niños se acercaron a él y realizaron emocionados el supuesto bautismo, salpicándole con agua la cabeza.

Sobra decir que el animal no se enteró de que acababan de ponerle un nombre. Sin embargo, con el correr de las semanas, habría de acostumbrarse a la palabra Carmelo tanto como al encierro, aunque sin saber por mucho tiempo que Carmelo era su nombre y no un saludo de los niños como supuso al principio.

Después de esta absurda ceremonia, los niños jugaron un poco alrededor de Carmelo, sintiéndose ahora más que nunca dueños del huemul. Al cabo de un rato el animal se alejó de ellos pues comprendió que estaba convirtiéndose en la nueva mascota de Ramiro y Pedro y la idea le desagradaba.